



EL MONAGUILLO

Por Ada Albrecht

El pequeño Cirilo no tenía padres ni hermanos. Vivía en una pequeña aldea que había sido abandonada por la mayoría de sus habitantes. Lo único bello que permanecía en pie, en ese árido lugar, era una iglesita blanca como una paloma. Aunque algo deterioradas sus paredes, ellas eran, no obstante, estoicos soldados que custodiaban esa casa de Dios. El templo era muy humilde; un Cristo sobre el sencillo altar, y algunas sillas a los costados de la pequeña nave donde de tarde en tarde se reunían los pocos fieles que permanecían en ese lugar.

Tiempo atrás, una anciana había llevado a Cirilo a vivir con ella, y lo cuidaba lo mejor que podía. El Padre José —que tal era el nombre del párroco de la Iglesia— y la abuela —como le llamaba Cirilo— eran para él todo su tesoro. De esos dos cofres humanos, que agraciaban la vida del niño con las joyas de la ternura, Cirilo volcaba su cariño especialmente hacia el Padre José, a quien asistía como monaguillo.

Vestido con su negra sotana y su libro de misa, el Padre José solía hablar del Cristo de la cruz, y en sus sermones enseñaba que había que ser bueno. También enseñaba muchas otras cosas que Cirilo no comprendía, pero sí entendía muy bien eso de que “había que ser bueno”.

—Ser bueno es ayudar —pensaba Cirilo—, y ayudar a todo el mundo, al Padre José, a la abuela, a la gente de la aldea, a todos, incluso a las plantas y animales.

La abuela, por ejemplo, para cocinar necesitaba fuego, y el fuego para nacer, necesitaba leña.

—¡Yo se la buscaré! —decía Cirilo, y salía a recoger todas las ramas secas que encontraba, porque... “había que ser bueno”.

A la mañana, cuando se levantaba, su primera tarea era regar las plantas y dar de comer a los animales. Había algunos perros y gatos en la casa de la abuela, y cuando tenían hambre —o las plantas, sed— se necesitaba de una persona protectora que los atendiera. En todos los seres estaba Dios, pensaba Cirilo. En todos vivía Dios, como le enseñara el Padre José. Y Cirilo, a través de sus acciones inegoístas y bondadosas, ascendió día a día, con el corazón purificado, a la Esencia de la Vida, que es el Amor.

—El que ama a los hijos de nuestro Padre del Cielo ama también a ese Padre del Cielo —pensaba Cirilo.

Y como no precisaba de ningún otro pensamiento para ayudarse a vivir, Cirilo llegó a la cumbre más sagrada a la cual puede llegar una conciencia humana: al servicio por amor de todos los Hijos de nuestro Divino Padre Celeste.

Así transcurrían apaciblemente y plenos de santidad los días de la vida de nuestro monaguillo.

De pronto, cierto mediodía, de un modo repentino e inexplicable, Cirilo murió. ¿Y dónde pudo quedarse dormido Cirilo, sino a los pies del madero de su amado Jesús?

El Padre José lo halló y su corazón fue presa del más profundo dolor. Hizo sonar la campana de la humilde iglesia repetidamente, y como ello era algo inusual a esas horas del mediodía, la gente fue llegando a la casa de oración para enterarse de lo que sucedía. El Padre comunicó a todos que Cirilo se hallaba muerto en el interior de la iglesia. Corrieron para verlo, pero... ante el asombro de todos, nadie pudo hallar el cuerpo de Cirilo.

Pasados los primeros momentos de congoja, de sorpresa, y hasta de dudas por el misterioso acontecimiento, terminaron por pensar que algún anónimo pariente, al descubrirlo, lo ha-

bía llevado con él para darle sepultura en algún lugar desconocido.

El estupor por esa muerte fue pasando como acontece con todo en esta vida, y por fin, el suceso fue olvidado. Sin embargo, algo muy extraño había comenzado a ocurrir desde el mismo día de su desaparición. A diario, los animales continuaban recibiendo su plato de comida, el agua aparecía en sus pequeños recipientes; la abuela hallaba en su puerta leños para el fuego, y los árboles —que se mostraban muy bien cuidados y con sus raíces húmedas— comenzaron a dar frutos maravillosos. Todo comenzó a resplandecer en la aldea que había sido de Cirilo. Sí, en esa misma aldea que poco tiempo antes se hallaba desolada y abandonada, empezó a nacer una nueva vida.

Todos estaban asombrados, pero nadie se atrevía a hablar sobre ello. Nadie quería ser considerado un loco o alguien cuya imaginación excedía la realidad.

Poco después, el Padre José —a quien seguía preocupando la desaparición de Cirilo— tuvo un sueño. En él, Cirilo fue a visitarlo vestido con una resplandeciente túnica blanca. El Padre José preguntó:

—¿De dónde vienes, Cirilo?

—De ningún lado, Padre José, porque yo nunca me fui de la aldea. ¿No atiende acaso a los pequeños animales, no cuida a los árboles y plantas, no recojo leñas para el fuego de la abuela? Nunca me fui, Padre José —repitió—. El barco de la muerte no pudo llevarse mi alma. Ella debía seguir practicando el bien, por Amor a Dios. Por eso me quedé en la aldea.

El Padre José, asombrado, preguntó:

—¿Y dónde aprendiste eso?

—Aprendí de nuestro Señor Jesucristo. Él murió hace dos mil años, pero usted, Padre José, me enseñó que Él, en realidad, nunca abandonó la Tierra, por amor a los hombres. Usted me enseñó que Él está presente en las misas, que vive en nuestro corazón, que cuida nuestras casas, y protege las ciudades. Cuando morí delante de Su cruz, Él descendió de su madero y me dijo:

“Cirilo, tu alma, por un tiempo, se quedará en la aldea. Tu alma seguirá protegiéndola. ¿Sabes por qué milagrosamente podrás hacer esto? Podrás, Cirilo, Hijo Mío, porque conquistaste al Amor. Lograste amarme. Yo he sido tu Dios en este mundo y te ofrecí por ello, que compartieras Mi destino. Todos los hombres de la Tierra, cuando son humildes, cuando son buenos, comparten el destino de sus Maestros, que es cuidar de la Vida, y de las criaturas que habitan en Ella”.

Luego de pronunciar estas palabras, la imagen del pequeño Cirilo se desvaneció en el sueño, dejando en el alma del Padre José un sentimiento de profunda Bienaventuranza.

El Padre nunca supo si había sido un sueño o una revelación divina. Lo cierto es que con el paso de los meses, la pequeña iglesia de la aldea se fue poblando de devotos y los milagros se sucedían uno tras otro. Milagros de sanación, en fin, milagros de toda índole. La aldea prosperó. Aquellos que habían emigrado de ella, poco a poco regresaron. Como los amados árboles de Cirilo, floreció la vida en la vieja aldea. Era una vida llena de paz, poblada por los ángeles de la misericordia.

Nadie sabrá nunca la verdad de tantos sucesos que acontecieron en ella. Eso sí, la aldea llegó a ser uno de esos lugares de la Tierra donde la paz habita junto con el amor, y por lo tanto, ella se encontraba pletórica de Armonía. El pequeño monaguillo, al nacer en este mundo, lo hizo con un maravilloso destino: el de abrir un amplio sendero para que el corazón de los hombres, en esa vieja aldea, pudiera direccionarse de la mano invisible de Cirilo, a la Casa única del Señor, y esto, a través del Amor.

Del libro Bhakti Sûtras con notas pedagógicas, Ed. Hastinapura
